

por un solo opulento? El aspecto general de magnificencia de las ciudades excede á toda creencia. Allí se veían palacios revestidos de pinturas y metales, con elegantes estatuas y admirables grotescos, con alhajas en las que competían el precio de la materia con la maestría del trabajo; en las casas de recreo el lujo se extendía hasta las menores particularidades (Baia lo atestigua); los baños de un rico podían convertirse en la mas elegante iglesia de la ciudad santa; en el gabinete de otro se encontraron las cabezas de escultura mas celebradas; en el triclinio de una ciudad secundaria como Pompeya formaba el pavimento un mosaico, que hoy bastaría para hacer célebre á un museo.

Pero siempre se descubre la ostentacion y fausto teatral, mas bien que el cuidado de las comodidades. Gabinetes romanos de maravilloso trabajo no tienen luz, y de uno oscuro salió el mas insigne grupo antiguo. Admiramos aquellas termas, aquellos baños; pero entre nosotros ha disminuido su necesidad por el uso de los lienzos y las demas comodidades domésticas que disfrutamos. Nos admiramos ante aquellos larguissimos acueductos cuyas ruinas interrumpen pintorescamente el desierto romano; pero ¿no nos atestiguan ellos mismos tanto el poder de los constructores como su escaso conocimiento de las leyes hidrostáticas, cuando hoy obtenemos nosotros mayores prodigios por medio de bombas y tubos subterráneos? Los caminos que surcaban el imperio de un extremo á otro, parecían obras sobrehumanas por aquella solidez que resistió á veinte siglos; pero solo estaban destinados á trasportar los soldados, de modo que Suetonio los declaraba *opera magna, potiusquam necessaria*; mientras que entre nosotros, sin tomar en cuenta los ferrocarriles, una red de caminos reúne cada aldea á los grandes centros: las vias romanas eran oportunas para transmitir las contribuciones á las capitales (1); pero nosotros lo suplimos con las letras de cambio.

Si se quisiera considerar solamente á aquellos que gozaban del pleno derecho de ciudadanos, y del de oprimir á los otros y engordar con su sangre, ¿cómo cambiarían de aspecto las cosas, quitándolas su brillante barniz! Un corto camino separa á Nápoles, siempre creciente, de dos ciudades sepultadas; aquella oprimida por habitaciones desordenadas, informes, pegadas á la costa, ó esparcidas por la playa, al acaso, ó segun el capricho ó la posibilidad de cada uno, con calles tortuosas, hondas y llenas de asperezas: en Pompeya y Herculano por el contrario, todo era regular; las calles y fachadas alineadas, eúritmicas las puertas; los patios y triclinios muy adornados, arquitectó-

(1) *Ut omnia tributa velociter et tuto transmitterentur.* Procopio. Los grandes caminos del imperio romano eran 27 que se extendían por 4,500 leguas. Solo los del imperio frances en 1807 tenían 13,400 leguas, y todos saben cuánto se han aumentado despues.

nicas las plazas, las basílicas, los templos; y la elegancia domina en los cimacios de las curias, así como en los utensilios de la cocina. Pero cuando uno se recobra de aquella primera admiracion, viene á los labios la pregunta que un rey de aquel país hacia en otra mertópoli de Italia: ¿Dónde está el pueblo? Veréis palacios para un corto número de ricos, tiendas para algunos comerciantes, ¿pero la masa general de los habitantes, dónde se albergaba? ¿dónde están las casas para que descansase aquella muchedumbre por las noches? Y no preguntaré dónde hay un hospital ó un asilo para los pobres, porque estos medios de beneficencia eran desconocidos; pero en la conmoviente soledad de aquellas habitaciones desenterradas, ¿cuántas de nuestras comodidades se echan de ménos! El dueño de la casa tendrá un comedor para el verano y otro para el invierno; pero su cuarto es una cueva sin ventilacion y sin luz: los gineceos donde encierran á sus mujeres son tabucos en que apenas pueden moverse; aquellos donde amontonan á los esclavos que no tienen encadenados á la puerta son verdaderos calabozos. No se encuentran allí grandes ventanas con cristales que den luz, aire y curiosidad, é interrumpen la monotonía de las paredes; ningun conducto para conducir las aguas, ninguna cloaca doméstica, ninguna escalera á no ser estrechísima, ninguna chimenea: tienen elegantes asientos y colchones, pero duros; hermosos carruajes, pero sin muelles ni sopandas; y las estrechas calles y sus angostas puertas indican que pocos gozaban la comodidad de los coches que hoy recorren á millares la ciudad vecina hasta para el servicio de los mas pobres. No habia faroles que alumbrasen durante la noche, ni bombas para sacar agua, ni medios para preservarse de la lluvia y del rayo, ni manteles ni tenedores en la mesa (1). Además, por todas partes se presenta la imágen de un amo, rodeada de una multitud de esclavos, sujetos por el terror, y por lo mismo temidos; y que si se reúne en conversacion con sus amigos, no admite en ella á su mujer, sino como estímulo ó desahogo de sensualidad.

Supongamos que uno de aquellos habitantes resucitase y que en la aldea edificada sobre su patria viese al sastre, al zapatero, al carpintero trabajar libremente y disponer libremente de sus propias ganancias; contratar con el rico y acceder ó negarse á sus proposiciones; poder con su industria llegar á ser igual á él, y citarle ante la justicia si se considera ofendido ó defraudado; si despues entrase en las tiendas y observase los innumerables refinamientos introducidos hasta en las artes mas sencillas; si viese á este pobre artesano y á su mujer vestirse de seda, lo cual parecia un lujo excesivo en las emperatrices; en el pecho un reloj que le señala con precision las horas de un

(1) Cualquiera excepcion confirma la regla.

modo muy diferente que las indicaba la aguja de su meridiano ó la inexacta clépsidra; junto á él una chimenea para la lumbre; acueductos para las inmundicias; en las paredes un clarísimo espejo y grabados de cuadros célebres; sobre el escritorio algunos libros; las ventanas defendidas del viento por los cristales y del sol por las persianas; verle despues saborear el azúcar y el café, tributos de un nuevo mundo que los sabios ni siquiera soñaron; tener iluminadas las calles por el gas, y las habitaciones con una lámpara que equivale á muchas antorchas; usar loza de brillantísimo é impermeable barniz; mudar muchas veces la ropa blanca de su uso y la de su lecho, y poder proporcionarse con algunos sueldos cuanto necesitaba de las muchas tiendas de sus compatriotas, ¿no exclamaria que este artesano estaba mejor que los príncipes de su tiempo?

Para representarnos verdaderamente aquella sociedad, quitemos de la nuestra no ya solamente los trasportes por medio del vapor, ni los telégrafos y los últimos adelantos, sino los correos, esta necesidad suprema de la civilizacion, el papel, la imprenta; reduzcámonos á vestir de lana, á escribir con mayúsculas y en pergamino, á no conocer las letras de cambio; cerremos los mares por los que recibimos cosas tan exquisitas; excluyamos el algodón, destruyamos las máquinas que nos proporcionan por un precio mínimo tantos objetos elegantes; quedémosnos sin termómetros, barómetros, higrómetros, sin lentes, anteojos de larga vista, ni los demas instrumentos que redoblan el poder de los sentidos; desprendámonos de los telares de medias y de telas estampadas; del carbon de piedra; de las preparaciones químicas que tanto contribuyen á la salud, á la hermosura y á los placeres, y despues dígase si los antiguos fueron mas ricos y mas felices que nosotros. Magnífico espectáculo era ver reunirse ciudades ó provincias enteras para discutir, deliberar y divertirse; pero hoy multiplicamos los medios de comunicarnos las sensaciones, las ideas, los placeres, los pensamientos sin variar de hora ni de lugar; y aquellos circos inmensos, aquellos suntuosos espectáculos donde las mujeres podían temblar de la inhumana frialdad con que se contemplaban á centenares de gladiadores degollarse y morir con arte, y la plebe excitar su embotada sensibilidad al ver los elefantes y leones que desahogaban su rabia unos contra otros, ó sobre los designados secuaces del Nazareno; y aquellos teatros donde se ostentaban las ópimas despojos del Asia desolada ó los excesos de la lubricidad: y si queréis cosas mas humanas, aquellos juegos olímpicos donde al pueblo dotado del mas exquisito sentimiento estético iba á admirar la belleza de las formas, la gallardía de las posturas, la verdad de los colores, la sublimidad de la escultura, las inspiraciones de la poesía y de la historia, ¿os

parecen envidiables en nuestra edad? La ostentacion de las diversiones públicas encubría la pobreza y malestar de la vida privada: la organizacion imperfecta de la familia, la esclavitud de la mujer, el envilecimiento de las clases ínfimas producian la necesidad de esparcimientos exteriores, aunque estos solo se reproducían á largos intervalos. Despues que un interes mas dulce y mas compasivo nació de las relaciones entre parientes y amigos, y la felicidad doméstica fué criada por la igualdad, se abrieron manantiales de goces hasta entónces desconocidos, la contemplacion de la historia y de los descubrimientos cada dia nuevos, y las lecturas sencillas é inagotables; de modo que hoy apenas basta el tiempo para las reminiscencias, para la curiosidad, para los presentimientos. Así gozamos ahora en hacer suceder los tranquilos y razonados recreos de la juventud á los ruidosos juegos de la adolescencia.

No repetiré aquí cuán pocos fueron admitidos á los nobles deleites del talento; pueden contarse con los dedos las copias enteras de los escritos de Homero; una sola queda de las de Aristóteles, y tan pocas de Tácito y Livio, que se las podía considerar como perdidas doscientos años despues de haber aparecido; y generalmente era tan difícil la comunicacion de los libros, que ingenios no vulgares se dedicaban únicamente á compilar; y solo por esto pasaron á la inmortalidad Trogo, Justino, Valerio Máximo, Eutropio, Focio y el mismo Plinio el Mayor. Si se trata solo de goces materiales, el mas modesto particular los tiene ahora en su mano, mucho mayores en número y mas exquisitos que los privilegiados de la antigüedad; música, baile y teatros diariamente y por poco dinero, pero dinero que no recibe por caridad como el ciudadano de Atenas, sino adquirido noblemente con su propio trabajo. Viste con mas comodidad; duerme en lecho mas blando; pasea en el tiempo que está desocupado; viaja con mas expedicion; aprende mas fácilmente, y aprovecha todos los adelantos de los hombres pensadores, los cuales se acostumbraron á reflexionar para obrar, y á aplicar los servicios de la inteligencia á las necesidades usuales.

En conclusion, nosotros poseemos las artes de los antiguos con inmensas mejoras, y con la notable ventaja de haberlas reducido á la capacidad universal. Entónces se trabajaba para pocos, hoy para la muchedumbre; entónces algunas docenas de individuos podían jactarse de la igualdad de derechos civiles, hoy se cuentan á millares, y pueden alternar con el rico sin humillacion, pedir justicia contra el grande, y sentarse en el banquete de la vida con una turba que cada dia se hace mas numerosa.

Pero si en el uso de la razon fácilmente nos hacemos reconocer superiores á los antiguos, no se nos podrá conceder otro tanto con res-

Bellas artes.

pecto á los productos de la imaginación. Quien contemple la Venus de Milo, el grupo de Niobe, el rey Edipo de Sófocles, la Trilogía Orestíada de Esquilo, las *Geórgicas* de Virgilio, es preciso que confiese que no les igualamos. Una lengua armoniosísima, el espectáculo de una naturaleza encantadora, la vista incesante de bellezas desnudas en los baños y en los teatros, trajes que no oprimían ni desfiguraban los miembros, la continua relación de los artistas con los filósofos, una religión enteramente sensual, y la necesidad de decorar la ciudad é inmortalizar los héroes, hicieron dar pasos gigantes al arte en la Helade (1). Añádase á esto que nada tenían á la vista tan perfecto, cuando nosotros los modernos consumimos en imitaciones la edad en que el genio posee todo su poder, y cuando volvemos á la naturaleza, el genio se ha desvanecido; de donde resulta, que el genio y el gusto vinieron á nosotros sucesivamente, y entre los Griegos fueron coexistentes; y tratando de seguir tras ellos, nos detuvimos en el camino por donde habríamos llegado á ser, no sé si mejores, pero ciertamente mas originales, porque las bellas artes caminan en relación con el estado social y con las costumbres; y así como á nuestros ojos no apareceria hermosa la China mas admirada entre los suyos; del mismo modo si no fuese por las prevenciones que tenemos de antemano, nos parecían tal vez menos perfectas las obras de otras edades.

Digno es de consideración que el arte en que mas progresaron los modernos, es aquel en que los antiguos no dejaron obras maestras, esto es, la pintura, en la que nosotros, no solo les excedemos en la expresión moral, sino tambien en la parte técnica. Nos esforzamos por comprender cómo pudieron obtener elogios, cual si fuesen bellísimos, aquellos cuadros sin fondo, sin perspectiva, sin escorzo, por los que se atribuye superioridad á un pintor que hizo un retrato que parecia mirar á todas partes, ó uvas á las cuales acudían los pájaros. Las paredes pintadas ó los mosaicos sacados de las ciudades desenterradas por los idólatras de las antigüedades, solo han producido nuestra admiración como oportunos para formar comparación con los del siglo XV, aunque están muy distantes de ellos.

Tambien quedaron los antiguos en la infancia respecto de la ciencia musical, aunque conocieron el poder de los coros; ignoraron hasta los acordes (2); no poseyeron instrumentos de arco; y si no fuesen fábulas las de Orfeo y Aníon, podríamos oponerles efectos tan eficaces obtenidos con el tambor y con cantos populares.

Aquellas estatuas en que se combinaban el mármol, el marfil y los melales con los ojos

(1) Dios, no queriendo conceder la verdad á los Griegos, les dió la poesía. JOUBERT.

(2) J. F. Danelly, en la parte XXIX de la *London Enciclopedia*, sostiene que los Griegos conocieron la armonía.

de piedras preciosas, presentan un aspecto muy diferente en verdad de lo que llamamos hermoso. Quedan, es cierto, algunas obras que el mas escéptico tiene que admirar sin restricción; pero ¿quién resolverá el problema de cuál es la causa por que nace un gran artista? Si en los días mas brillantes de Atenas se fabricaron las estatuas de Apolo y de Venus, en los de su decadencia se presentó la inesperada de Laocoonte, como en medio de las extravagancias se lanzó al público el correctísimo Cánova. Hay muchos que cualquier obra moderna la anteponen á las antiguas (1); hay muchos mas que admiran, como antiguos tesoros, las falsificaciones modernas (2); pero repetiré, que las dos edades tienen bellezas diferentes, y que los antiguos no poseyeron el Moises ó el papa Rezzonico, así como tampoco tuvieron el *Macbeth*, ni el análisis de nuestros moralistas y romanceros; repetiré, que no sé por qué entre nosotros que, además de los recursos que ellos tenían, poseemos sus preceptos y sus ejemplos, no puede salir un Praxitéles. Es verdad que no lo confesaríamos; porque idólatras de lo antiguo no consentimos el título de supremacía sino á los que imitan, y queremos que uno que puede estar en primer lugar, se someta á colocarse en el segundo. Solo por esto despreciamos la originalidad de las catedrales de la edad média y la libre transición del renacimiento, refiriéndolas á los indeclinables tipos del Partenon y de la Rotonda; solo por esto obligamos á nuestros arquitectos á multiplicar ficciones y extravagancias para acomodar fachadas romanas y griegas á edificios y cuarteles destinados á otras necesidades, en vez de excitar el genio obligándolo á crear, y á elevarse sobre las disonancias que el arte no se ha atrevido aun á reducir á armonía (3). No vacilamos en confesar, que las bellas artes, representando vigorosamente la existencia moral y social, convienen con preferencia á una ciudadanía homogénea y fija, cuyo carácter completo y decidido tolera una representación mas clara y definida. Tal era entre los antiguos, al paso que entre nosotros la sociedad

(1) Del David de Miguel Ángel, dice Vasari, que « hizo enmudecer á todas las estatuas antiguas y modernas, griegas ó latinas, cualesquiera que fuesen: » y Bottari, que « ha superado en mucho á los Griegos, cuyas estatuas, cuando son mayores del tamaño natural, no les salieron tan excelentes. » Manifestar estos juicios no equivale á aceptarlos, como no aceptaríamos el de Voltaire, cuando dice que los discursos improvisados en el parlamento inglés son superiores á toda la estudiada elocuencia de los antiguos.

(2) Winckelmann cita bastantes en el prefacio de su *Historia de las Artes*; pero él mismo describe pomposamente en ella como procedentes del Herculano obras hechas á propósito para engañarlo; un Júpiter y un Ganimedes de Mengs fué admirado como antiguo por él y por todos. Es sabida la anécdota del Amor de Miguel Ángel y cuántas obras de Juan de Bolonia pasan por griegas! hay muchos tambien, y entre ellos el mismo Mengs, que sostienen que todas las estatuas antiguas que poseemos son copias. Véanse las debilísimas contestaciones de este á Falconet, que temerariamente impugnaba el mérito de los antiguos escultores.

(3) Creemos injustísima la comparación que siempre se hace en el patio de Belveder, entre las obras antiguas y el Perseo de Cánova. Compárese la originalidad de cada uno.

es una transición desprovista de fisonomía duradera. Nuestra inferioridad en las bellas artes no indicaria degradación de facultades estéticas, sino mas bien que estas no han encontrado un estímulo directo y enérgico; ni atribuciones tan importantes ó disposiciones tan favorables como en el politeísmo. Por lo demás, ¿nos atreveríamos á decir que las naciones que hoy se hallan mas adelantadas, sean aquellas que poseen mejores artistas?

Literatura.

Tambien en la literatura, hecha para pocos y cultos, considerada como arte y no como oficio, todo estaba regularizado y coordinado bajo ciertas reglas introducidas por el uso, y en las que se daba tanta importancia al estilo como á las ideas. Todavía hay algunos que quieren esta voluptuosidad exquisita; por eso, aun despues que los clásicos perdieron sus flores y dieron todos sus frutos, deleita y satisface sentarse á su sombra; y aun cuando no hagan sino ostentación de belleza, complace el penetrar en ellos como en torrentes de luz, en donde el hombre nada descubre, pero se encuentra inundado de claridad y alegría.

Verdad es que acomodándose á reglas establecidas de antemano, y llamando juez á un pequeño círculo, se puede salir insensiblemente del recto sentido; y de aquí tal vez la pronta declinación de los antiguos siglos de oro, sin que jamas volviesen á renacer.

En cuanto á los modernos, la literatura aristocrática, impotente como todo lo que se separa del pueblo, sigue siendo la obra de muy pocos, embarazada por las teorías, las escuelas, los periódicos, por la petulancia retórica de reducidos á una ociosa admiración ó á una imitación servil; excluida de la gloria mas bella, que es la de vivir en los corazones mas bien que en las bibliotecas, y semejante á las arpas eólicas que dan algunos bellos sonidos, pero no tocan un aria. Hoy la literatura no es para una corte sino para el pueblo; y por eso se descuidan las delicadezas que requieren sutilezas, argucias y vaguedad, y solo se busca la claridad y el colorido. Hoy la literatura es un combate como todo lo demás, la forma acompañada sucumbe al choque ó al capricho; la indestructible fe en un autor cede á la infinidad de opiniones; la polémica sofoca el arte, y ha desaparecido la necesidad de adular halagando los oídos. Por eso ya no se estudia el arte por el arte, y cada día desaparece mas el estilo; son una excepción aquellos que en él reconcentran sus fuerzas y sus pensamientos, y el mundo los tiene como las bellotas de la edad de oro, que las alaba y las separa. Y ¿por qué admirarse? Las letras y las bellas artes cesaron de ser solamente la decoración del edificio social, como las llamaba M. Raynal; y la república literaria abraza tantos miembros cuantos saben leer, esto es, á todos. El arte, á semejanza del teatro, pierde mas en delicadeza cuanto mayor es el número de aquellos á quienes se dirige: el pueblo quiere encontrar allí su espontanei-

dad, sus pensamientos, su forma, su lenguaje, y las grandes verdades dichas sin aparato. Las lecturas en corto número, repetidas y profundas, han cedido su puesto á las fáciles y multiplicadas; hasta personas que carecen de instrucción se dedican á ellas por recreo ó por necesidad; de modo que siendo ineptos para conocer las delicadezas, buscan las bellezas comprensibles, la novedad para alejar la uniformidad de la existencia, la rápida ejecución que supla el perfeccionamiento de las particularidades, y lo fácil que satisfaga prontamente la necesidad de conocer.

Los antiguos tenían fe en la duración, y en que sus escritos serian leídos hasta en el mismo Capitolio; nosotros esperamos que nuestros libros sean pronto anticuados por nuevas verdades. Componer laboriosamente, guardar por espacio de nueve años una composición en la cartera, sería solo vanidad en un tiempo en que las glorias se suceden tan rápidamente para quitarnos la confianza en las obras póstumas; en un tiempo, en fin, en que las ideas se suceden con tal insistencia, que desgraciado el hombre que se presenta con aquellas que ya cuentan diez años de existencia. En estos diez años puede encontrarse un 1774 que renueve la física y la química; un 1789 que cambie la política, y casi puede decirse la moral.

Los perezosos abusan, y á título de abundancia de ideas, descuidan las formas, ignorando que por su íntima conexión, al refinar las expresiones, se refina y aclara el pensamiento; sacrifican á lo útil hasta lo bello, como la Revolución que redujo las Tullerías á un campo de patatas. Pero si consideramos aquellos que fijan su atención hasta en la elegancia, cedro que las obras clásicas perpetúan entre el farrago de las perecederas, encontraremos que los antiguos son mas pintores, nosotros mas escritores; aun cuando se queria distinguir el arte de las formas y del colorido de aquel que tiene por objeto el estilo que coordina y expresa los pensamientos, el mas exterior de los talentos del mas íntimo de ellos, la reproducción de las apariencias luminosas de la revelación de las comprensiones interiores.

En esta comparación hubiéramos vencido, si hubiésemos nombrado las ciencias: pues si bien pertenece á los antiguos la parte mas difícil, esto es, el haber puesto los cimientos, nos los trasmitieron como fragmentos separados mas bien que con aquel encadenamiento que se requiere para que formen la base de los progresos futuros, y nosotros hemos hallado algunos nuevos; otros, que eran como párvulos, los hemos convertido en gigantes, y todos los hemos renovado. En los primitivos se encuentra no se qué de casualidad, de fatalidad, de adivinación; y en la imposibilidad de explicar su origen, muchos los atribuyeron á una revelación primitiva; otros no atreviéndose á profesar la fe, con pobres recursos procuraron encontrar un justo medio, é imagina-

Ciencias.

ron un pueblo anterior, que pereció y en cuyo diluvio quedaron fluctuantes algunos restos de sus conocimientos. Con estos elementos fabricaron los antiguos, pero no hicieron verdaderos experimentos; observaron los fenómenos naturales, sin procurar reproducirlos aisladamente para aclarar sus causas y su esencia; demostraron curiosidad, pero no espíritu científico, y de este modo poseyeron conocimientos, pero no verdaderas ciencias.

La ciencia médica, que tantas abrazaba, no podía adelantar mucho entre ellos, cuando solamente conocían la marcha general y exterior de las enfermedades, sin su conexión con los órganos, cuya estructura ignoraban, así como sus funciones y su relación. Cada fenómeno del universo da lugar á consideraciones de número, desde las dosis farmacéuticas hasta la órbita de los cometas. En el día, se sabe cuánto escasearon estos conocimientos entre los antiguos, que solo tenían un método imperfecto de anotación en la ciencia de las operaciones de los números, que es la aritmética, é ignoraban la de las leyes de los mismos números ó sea el álgebra, poderosísima sonda de los secretos de la naturaleza.

El dominio de la sensación se ha dilatado inmensamente desde que con el termómetro podemos precisar los grados de calor, con el barómetro medir las alturas, con el péndulo los aplanamientos del globo, y con la balanza las milagrosas combinaciones químicas. Con el sextante el que navega determina algunos ángulos, y sabe cuánto dista del polo; con los círculos repetidores perfija el astrónomo el instante y los países en que dentro de siglos se reproducirá un fenómeno celeste, y aun cuando con los instrumentos no se pueda alcanzar una completa perfección, se calculan también los límites del error posible.

Caminando ya solamente sobre la observación, hemos abolido una clase entera de ciencias, las ocultas, que siempre se hallaban en competencia con las verdaderas: si aparecen efectos inexplicables, veneramos sus causas misteriosas, pero sin suponer que exceden á las fuerzas de la naturaleza; recogemos los hechos con atención concienzuda, esperando que el acaso ó el genio encuentren el punto en que convergen, y de donde han de recibir su explicación.

Los talentos que pueden fijarse distintamente en algunas partes son mas claros que los que lo ven todo, pero confusamente. Tales eran los antiguos; durante el análisis filosófico que todo lo descompone y desmenuza y enerva, y la síntesis indiscreta que sumerge en una vaga ignorancia, aparece para nosotros el verdadero espíritu metafísico, el genio de las relaciones y de las armonías, que conduce á descubrimientos de todas clases. De aquí las inmensas conquistas de la razón y de la verdad; y si en lo antiguo se obraba sin discutir, hoy se razona sobre todo, y la doctrina camina á la par

de las aplicaciones. Otro carácter faltaba á las ciencias y á la literatura entre los antiguos, el no creer que se degradaban con las aplicaciones prácticas, con ocuparse de los intereses materiales, del dinero, de la producción, del consumo. Bastante tiempo se limitó á pensar la filosofía antigua; convenía que sintiese, que amase, que obrase, y á esto se dirigió desde que una voz del Cielo dijo á aquellos plebeyos inspirados: *Id é instruid á todo el mundo.* Extinguido el orgullo de una ciencia privilegiada, disipadas las nubes que envolvían la academia y el templo, arrebatado del poder de los sacerdotes el arcano de las doctrinas, todos fueron convidados á ellas, y ellas dirigidas á reducir á práctica todo descubrimiento del ingenio: por eso la edad moderna lleva en su cabeza la prensa con que se eterniza y multiplica la palabra, y empuña el arma que imposibilita que de la civilización pasemos á ser verdaderos Bárbaros.

Y principalmente en el día, porque los sabios se han puesto en comunicación con los industriales. Durante la Revolución francesa el gobierno consultaba á los hombres científicos sobre todas las operaciones, sobre los mejores medios de obtener nitro, de hacer pólvora y pan; invitaba á Lagrange para que calculase sobre la teoría de los proyectiles, y mandaba una comisión de sabios con el ejército de Egipto. El naturalista ayuda al agricultor; la botánica proporciona colores á las tintorerías, y las recetas de estas se simplifican por el químico; las máquinas y los procedimientos se someten al examen y á los cálculos de los sabios para que los juzguen y perfeccionen. La doctrina, pasando á inmediatas aplicaciones, proporcionó al hombre nuevos placeres ó le dulcificó los sufrimientos del destierro; iniquidades que se creían inevitables, desaparecen ante sus descubrimientos; el azúcar de remolacha quitó el mayor incentivo al tráfico de Negros; el poder del vapor suprime el horrible suplicio de los galeotes y el envilecimiento del trabajo opresivo.

No vacilarémos, pues, en repetir al fin de nuestra tarea lo que dijimos al principio, esto es, que la edad de oro no es de sentir que haya pasado, sino que se debe esperar en lo futuro; que mientras que á los antiguos desconsuela la idea de que el mundo envejece y empeora continuamente, á nosotros nos consuela la creencia de que se mejora; y con esperanzas siempre prorogadas, siempre mas extensas, emprendemos la tarea de reducir esta mejora á la realidad, libres de la seguridad que adormece y del miedo que desanima. Para esto era indispensable reclamar de los tiempos trascurridos aquella luz sin la cual el espíritu se extrañaba buscando el porvenir; era justo venerar á los antiguos porque allanaron el camino para facilitar el paso á sus sucesores; y está falto de juicio quien cree que el juzgarlos sea vilipendiarlos, así como el que desconoce su mérito, porque ve que han sido superados.

Mientras que el mundo está compuesto de hombres muy grandes y de pequeñísimos, de ricos y de pobres, de eminentes sabios y profundos ignorantes, la historia dirige su vista hacia los primeros, porque deslumbran, ó porque no le bastan sus ojos para comprenderlos á todos juntamente. Cambian las condiciones, y ya no se complace en contemplar la felicidad de pocos, sino que instruye buscando el bienestar de todos; y si se hace contemporánea de las épocas mas diversas, y reúne los dos elementos de todo lo bello, la unidad y la variedad, siendo uno el actor, esto es, el hombre, uno el teatro, esto es, el mundo, al paso que varían las circunstancias, saca intereses y ventajas hasta de las mas remotas agitaciones, comparándolas con las presentes, y de este modo reúne la curiosidad y la instrucción. Por esta razón aun en los tiempos antiguos nos hemos detenido mucho menos en las batallas y conquistas que en las luchas del esclavo con el libre, del plebeyo con el patricio; las cuales se renovaron despues en la edad média entre el propietario y el siervo, y hoy entre el capitalista y el proletario, entre el empresario y los braceros.

En el siglo de los Tarquinos no habia ciudades mas allá del paralelo 43°; en el de Constantino llegaron hasta el 49° y á las cataratas del Nilo; y al mismo tiempo que las garras de las águilas romanas destrozaban el manto de las reinas asiáticas, se desmontaban las selvas de la Germania para abrir una senda á la educación civil.

En la antigüedad no hubo mas que aglomeraciones y Comunes, y solo Roma concibió la idea de la nacionalidad, procurando reunir, fundar, sistematizar. Vémosla en efecto ocupada en sujetar pequeñas poblaciones, animadas de antipatía recíproca y de una actividad guerrera que las hacia indóciles á la civilización; y de este modo fundar un imperio del cual no habia habido ejemplo hasta entónces. Para organizarlo no pudo hacer mas que tentativas, y la mas sublime de ellas fué su código; pero para salir con su objeto, le faltaba la unidad religiosa. Se la proporcionó el Cristianismo, y la civilización, puesta en marcha para conquistar el mundo con traje de guerrera ó de legisladora, tomó el manto del misionero y la enseña de la cruz.

Con ella pasamos á la edad média, y no nos han entendido ó no han querido entendernos los que han creído que volvíamos á tejer su panegírico ó á desearlo. ¿Acaso las instituciones son buenas para todos los tiempos? Y segun estos, ¿no se cambian las mejores en peores, como sucede con la turmalina, que calentándola, invierte su polaridad? Ó el que indica la necesidad de estudiar las enfermedades en los hospitales, ¿quiere acaso insinuar á los que le oyen que se metan en la cama? Seria muy útil para nosotros que el desprecio y la burla de aquellos que piensan como Voltaire, cuando Vol-

taire no pensaria ya de este modo, fuesen separados del estudio de aquella época, semejante á las tierras vírgenes del Nuevo Mundo, que producen el precioso árbol del pan, y el venenoso upas cuya sombra mata. La queremos considerar como época de señalados progresos; rebatir á los que quieren presentarla como una pura anarquía, para hacer desear el despotismo, ya que el hombre honrado en su elección antepone el órden social al legal; que reños estudiar las convicciones nacidas de partidos, nobles porque eran francos, que no impedian ser malvados, pero sí ser cobardes. Al aspecto de tanta prepotencia, hemos tenido necesidad de volver la vista hacia cualquier otro objeto, y no negar ya lo que otros dijeron, sino oponerles lo que otros descuidaron; así como al observar los males de la vida y las iniquidades de la naturaleza humana, eleva el Cristiano sus miradas desde el fango amasado con lágrimas hacia la estrella suprema.

El hecho capital de la edad média es el haber tenido efecto el Cristianismo, y extender sus consecuencias al traves de los obstáculos, cumpliendo la misión divina de establecer políticamente la moral universal, obtener aquella fusión que Roma no pudo conseguir, no solo bajo la forma de nacionalidad, sino de la de humanidad. Hemos demostrado cómo el Cristianismo queria mejorar la sociedad, no tanto alterando su organización cuanto perfeccionando los individuos por medio de abnegaciones, penitencias y sacrificios. Estos no estaban concebidos como prudencia relativa al hombre, sino como deber de su destino social; y la humildad recomendada ardientemente era el correctivo de la soberbia que dominaba en el mundo; el precepto de amar á los demas como á nosotros mismos no repugnaba al instinto personal, sino que lo hacia la guía y medida del social. El patriotismo salvaje se moderó por el sentimiento de la fraternidad universal; la obligación de dedicar cada uno una porción de sus propios haberes al alivio de otros proporcionó un remedio á la miseria. En la familia, el Cristianismo consolidó la autoridad paterna santificándola; pero no dejó al padre árbitro de la vida de sus hijos; elevó á la mujer, no haciéndola superior á su propia naturaleza, pues la excluía de toda participación en el sacerdocio (1), sino reconociendo sus indelebles diferencias y concentrándola en la vida doméstica; le garantizó su libertad, la hizo partícipe de la fortuna y de la estimación de su marido, y la propuso por tipo la pureza unida á la maternidad; con la indisolubilidad del matrimonio evitó que la vida fuese agitada por turbulentos experimentos, y refrenando la inconstancia de los deseos, enseñó cómo debia conducirse en situaciones independientes de la voluntad, y á reprimir la energía de los apetitos.

La prueba de que la eficacia moral del Cris-

(1) *Mulieres in ecclesiis taceant.* Ep. I, ad Cor. XIV

Progre-
sos en
la edad
média.